

Mercosur: de la euforia a la incertidumbre

A medida que la región se adapta a los múltiples vaivenes políticos y económicos deparados por un año con múltiples elecciones presidenciales -Argentina, Bolivia y Uruguay-, resulta imprescindible evaluar los prospectos de integración regional del Mercosur. Símbolo de la desintegración y de las múltiples fallas institucionales que aquejan al cono sur, luego revitalizado por el Acuerdo con la Unión Europea, el Mercosur ha transitado un largo camino que lo ubica en la actualidad frente a un panorama con más preguntas que respuestas. El 28 de junio de este año culminó un proceso de negociaciones que se inició en 1992 -con el Acuerdo Marco de Cooperación Interinstitucional-, dando lugar a una etapa transicional que comenzará a redefinirse con el final del período electoral sudamericano.

El optimismo inicial de un gobierno argentino que pensaba en esta gesta como su legado en política exterior devino en una preocupación por el incierto futuro del acuerdo. Claro que en el medio ocurrió lo que nadie pensaba; el triunfo de Alberto Fernández por más de 15 puntos sepultó tanto la reelección de Macri como la esperanza de evitar cualquier tipo de complicación relativa a la supervivencia del acuerdo. Si en junio se anunciaba la histórica apertura de un mercado de más de 800 millones de personas, para fines de agosto la situación había cambiado sustancialmente.

Existen, para el destino del Mercosur, frentes internos y externos que amenazan la viabilidad del acuerdo. Dentro del propio bloque la posición consensuada entre Mauricio Macri y Jair Bolsonaro se ha quebrantado. No por una falta de sinergia personal, claro está. Con Alberto Fernández como futuro presidente, los prospectos sobre el cauce del proceso de integración regional se han modificado. Y es que Brasilia percibe que Alberto -pero más precisamente la futura vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner- comulgan con una idea del bloque que se aleja de la pretendida por el presidente de Brasil. Resulta evidente que la política comercial flexible pregonada por Bolsonaro y por su ministro Paulo Guedes contrasta con esta posición, a tal punto que han amenazado con retirarse del bloque si se aplican las temidas medidas. Este último, quizás menospreciando el rol argentino como tercer socio comercial en grado de importancia para Brasil, se preguntó “¿desde cuando Brasil necesita de la Argentina para crecer?”. Bolsonaro y Guedes se decantan por la desregulación económica y la eliminación de barreras arancelarias y demás subsidios proteccionistas, en pos de morigerar la pérdida de competitividad de su economía frente a otros países emergentes.

Los proyectos de apertura económica indiscriminada parecieran primar por sobre el fortalecimiento de un bloque que encontrará en Alberto Fernández a un líder con posiciones más matizadas que las expuestas por su antecesor. En este nuevo contexto y frente a este cambio de paradigma aún no es claro el rol que tendrá el Mercosur en la política económica regional bolsonarista.

Si el frente interno supone potenciales condicionamientos, a estos deben agregarse las tensiones que se presentaron en las últimas semanas. Las mismas tienen que ver con la estancada relación bilateral entre Brasil y Francia. A las ya conocidas acusaciones cruzadas entre el presidente francés Emmanuel Macron y Bolsonaro, se le sumó la polémica relativa a la ya mundialmente conocida deforestación del Amazonas. Esta fue instrumentalizada por el presidente francés para oponerse al acuerdo de libre comercio en, luego de una fuerte resistencia por parte de los sectores agrícolas franceses. Este no es el caso del *agro brasileño*, que a través de diferentes figuras rechazó las acusaciones que lo vinculaban con los preocupantes incendios. En concreto, la preocupación del premier francés tiene asidero. En esquema político-económico planteado por Bolsonaro ha demostrado que los imperativos agroexportadores se han priorizado por sobre las consideraciones ambientales. Las desregulaciones en dicha materia son orden del día, desde su asunción a comienzos de año.

Quien pareciera erigirse como un futuro nexo de la relación Mercosur – Unión Europea es España. El gobierno español, frente al ímpetu revisionista francés del acuerdo por la magra política ambiental brasileña, aseveró que el debate conservacionista debe manifestarse por un canal separado al pacto comercial. Más aún, fue el propio Pedro Sánchez quien se reunió con el futuro presidente Alberto Fernández para evaluar el futuro de la relación bilateral. Frente al presidente español, Fernández apostó por un futuro de cooperación con Europa, estableciendo dicha relación como esencial para su futura política exterior.

Más allá de las acusaciones entre Bolsonaro y Macron -que no deben ser minimizadas-, existen otros frentes externos. La victoria de Fernández en las PASO generó una plétora de dudas en los gobiernos europeos, quienes dudan de la coexistencia entre el viraje que Fernández pretende realizar con las políticas de libre mercado del macrismo, con la permanencia y sostenibilidad de un acuerdo que las potencia. Frente a dichas preocupaciones, fue el propio Alberto quien se encargó de desestimarlas. En el susodicho viaje a España se reunió con Josep Borrell, ministro de Asuntos Exteriores español, para aclarar sus pretensiones, entendiendo que las mismas implican garantizar

que el tratado refleje un “intercambio equilibrado” entre ambos bloques regionales. En su cuestionamiento implícito a la política exportadora de Macri (“yo no creo que el país esté condenado a vender materia prima”, expresó) pareciera reposar la génesis de futuros exabruptos que podrían suscitarse. Tal como está redactado, el acuerdo conlleva una dinámica de intercambio de productos que el propio Fernández rechaza. A su vez, existen también potenciales obstáculos relacionados a la vía procedimental que deberá transitar el acuerdo para entrar en vigor. El proceso de ratificación parlamentaria se erige como un terreno complejo, sobretodo teniendo en cuenta la segmentación ideológica del Parlamento Europeo.

Repasando los múltiples desafíos que deberá enfrentar el Mercosur, vale preguntarse tanto en que estadio se encuentra el bloque, así como cuales son las implicancias geopolíticas que supone su potencial fragmentación. En términos de integración, lejos se está de la *Argirópolis* concebida por Domingo Faustino Sarmiento en el siglo XIX, o bien de la *Unión del Plata* idealizada por Ricardo Bunge en “Una nueva Argentina”. Los prospectos de integración sudamericana no han estado ni a la altura de las expectativas. Mientras que en 1982, frente al bloqueo de las Comunidades Económicas Europeas por el conflicto de las Islas Malvinas, Brasil compraba los productos argentinos mientras apoyaba su reclamo soberano, hoy este país amenaza con irse si se aplican medidas proteccionistas. Si en 1985 Tancredo Neves y Ricardo Alfonsín planteaban la necesidad de integración entre ambos estados en pos de propender hacia el fortalecimiento democrático mutuo y al desarrollo productivo, en 2020 Fernández y Bolsonaro deberán abordar una tarea infinitamente menos ambiciosa: trabajar para consensuar puntos básicos que permitan sostener al bloque.

Tal como explica Juan Gabriel Tokatlian, la región se desliza hacia “una gradual irrelevancia en la política mundial y una pérdida de autonomía relativa en sus relaciones internacionales”. Una región que, entiende el sociólogo e internacionalista, posee momentos de hegemonía transitorios y débiles -neoliberalismo en los 90, marea rosa con el devenir del s XX, reflujo neoliberal ya en retroceso- y que al mismo tiempo vanagloria la integración en la dialéctica, pero no en la práctica. Unasur, Alba, Celac, AP y tantos otros acrónimos ideados con pretensiones integracionistas pero dejados en el olvido, paradójicamente como consecuencia de una creación sobre-ideologizada que permitió concretarlos pero no sostenerlos en el tiempo.

La política de integración latinoamericana se ha manejado en un plano discursivo que pretendió instalar una suerte de imaginario de cooperación e institucionalización con

un correlato en la realidad inexistente. Por el contrario, la unilateralidad es lo que ha predominado, con la preponderancia de negociaciones bilaterales.. La dependencia - política o comercial- de los países latinoamericanos tanto con China como con los Estados Unidos ha terminado diezmando o limitando estructuralmente un proyecto integrador cada vez más alejado del horizonte, en el contexto de una región que lejos está de gravitar internacionalmente.

En definitiva, el producto es un escenario de potencial atomización pasible de profundizar aún más la dependencia y por ende la vulnerabilidad ante condicionantes externo. Con un acuerdo aún en pie, las expectativas basadas en futuros consensos económicos se mantienen. Resta saber si las mismas se cumplirán, o si se acumularán al historial de pasos en falso de un bloque sumido en el cortoplacismo.

Dr. Martín Barros

Asesor IEERI